

A punto con sus armas y caballos,
Y el general llegó con los peones
Acia la parte de la turbamulta,
Y de los principales conocidos
Veinte y cuatro pusieron en colleras.
Alborotaronse los indios todos,
Y comenzaron a desenvolverse;
Pero Gaspar de Rodas con la lengua
Con tales amenazas los asombra,
Que pudo deshacer sus movimientos
Diciéndoles: «No meneéis los brazos,
Porque si dais algunas ocasiones
A todos os haremos mil pedazos.
» Estos solos ponemos en prisiones
Porque Filipo magno, rey potente,
Así lo manda por sus provisiones.
» Cualquier rey ó señor le es obediente;
Y si queréis tener vida quieta,
Habeis de servir por consiguiente.
» Seguro vive quien se le subyeta;
Pero también castiga los excesos
De los que con él juegan falsa treta.
» Aquel venimos á hacer procesos
Contra los que debajo de paz blanda
A su gobernador fueron aviesos.
» Mas en vuestros delictos también manda
Que no castigue rigurosamente
Aunque la maldad fué mas que nefanda.
» Veremos quién ha sido delincuente;
Y hechas bien las averiguaciones,
Conoceréis en mi padre clemente.
» Porque yo no me muevo por pasiones,
Antes me guía piadoso celo,
Como vereis por las ejecuciones.
» Y á cuantos hoy vivis en este suelo
He de favorecer y ser amigo,
Como no deis la paz con falso velo.
» En mi hallareis todos gran abrigo:
Por tanto la quietud os encomiendo
Y que creáis ser cierto lo que digo.»
Con esto se pusieron en sosiego,
Y con ver que de tanta muchedumbre
De bárbaros culpados, solamente
Prendieron las cabezas y caudillos,
A quien por substanciar mejor la causa
Les dieron defensor juramentado
Con la solemnidad que se requiere;
E ya conclusos todos los procesos,
Los seis fueron á muerte condenados
De los caciques presos, y los cuatro
A les cortar las manos, de los cuales
El uno fué Guareama, gentil hombre,
Feroz y de cabal entendimiento.
Y antes de padecer temporal muerte
Aquellos seis señores belicosos
Pidieron el bautismo todos ellos
Con grande devoción, y fuéles dado;
Y cuando los llevaban á la horca
Contritos y con cruces en las manos
Alzaron una voz entristecida
Diciendo: «Quien tal hace que tal pague:
Nosotros padecemos justamente,
Pero los tahamies nos movieron
Al crimen y delicto cometido,
De nuestros pensamientos y deseos
Entonces muy remoto y apartado.»
Disimulóse por algun respecto
Esta declaracion postrera, pero
Demás de las sospechas atrasadas,
Indicio no pequeño fué que cuando
Vino Gaspar de Rodas al castigo
Trajo dos lenguas indios tahamies,
Llamados Pedro Amato y Aguasici,
En aquella provincia principales.
Y oyendo la razon de los pacientes
Volvieron las espaldas madrugando
Sin saludar los huéspedes del rancho,
Parece ser que por no ver visiones.
Al fin ejecutada la sentencia
Y todos los demás dados por libres,
Gaspar de Rodas recorrió la tierra,
Tanteando los pueblos con aviso

Y copia de vecinos naturales
Que por aquel compás tenían casas,
Y cerca del asiento do fué muerto
El Andrés de Valdivia fundó pueblo,
A quien ciudad de Cáceres dió nombre;
Nombró treinta vecinos, hombres nobles,
Entre los cuales repartió la tierra,
Cinco mil indios, pocos mas ó menos,
En aquella comarca moradores;
Y dello dió razon á los jüeces
De la real audiencia del suceso,
Yendo por mensajero don Antonio
Osorio de la Paz con los recados.
Mas como no pudiese dar contento
A todos los soldados de un voleo,
Quedándose sin suerte muchos dellos,
Principalmente de los de Valdivia,
Con pena del agravio recibido
Hurláronse del pueblo tres ó cuatro,
Y caminaron tras el don Antonio
A procurar remedio por justicia:
Oyéronse sus causas y razones,
Y los odores alteraron luego
Aquel apuntamiento que enviaba;
Lo cual sabido por Gaspar de Rodas,
A defender las suyas por presencia
De su persona propia se dispuso;
Y así, dando razones concluyentes,
Se confirmó de nuevo lo que hizo,
Siéndole favorable para ello
El licenciado Juan Rodriguez Mora,
En aquella sazón recién venido
Por oidor de la chancillería,
Cuya sagacidad encaminaba
A su disposición los compañeros,
Por ser ya muerto Francisco Briceno
Incorrupto juez, claro y entero,
Dignísimo del cargo que tenía,
Cuyos principios bien manifestaban
Hábernos dado Dios felice suerte
Después de la del buen doctor Venero,
Ejemplo de virtud y santo celo;
Pero la parca dura y envidiosa
Quitónoslo delante brevemente,
Pues no gozó seis meses de la silla.
Y así desde su muerte hasta agora
Nunca faltaron grandes pesadumbres
Entre jüeces y secuaces suyos,
Con tantas invenciones y cautelas
Y falsos testimonios cuantos suelen
Investigar inicuos y olvidados
De Dios, por dar valor á la mentira;
Y es lástima que los del Nuevo Reino,
Gente llana, fiel, modesta, clara,
Leal, humilde, sana y obediente,
En opinion esté de revoltosa
Con los señores del real consejo.
No mirando que son los movedores
De las revueltas, tramas y bullicios,
Los jüeces que vienen á regirnos,
En cuya consecuencia me parece
Que viene bien aquí, *delirant reges
Et plectuntur Achivi*, sin que pequen:
Mas aquesta, por ser materia larga,
A tiempo conveniente la remito.
En esta sazón pues que Rodas vino
Estaban rebelados los gualies,
Indios cuyos confines están juntos
Con Mariquita, puerto deste reino,
Muy necesario para sus contractos,
Donde se labran ricas minas de oro
Y de presente plata, cuyas vetas
Dan grandes esperanzas de riqueza;
Y aunque el adelantado, que Dios haya,
Don Gonzalo Jimenez de Quesada,
Les quebrantó las fuerzas, y los trajo
Al servicio del rey fundando pueblo,
Ciudad de Santa Agueda nombrado,
Después los indios por ausencia suya
Negaron otra vez el vasallaje,
No sin daño de muchos españoles,
A quien pusieron en extremos tales

Que se metieron todos en un fuerte
Con hijos y mujeres y servicio,
Puestos en riesgo y en trabajo grande
Por la frecuentacion de los combates.
Lo cual sabido por los del audiencia,
A quien tocaba dar socorro presto,
Por ser riesgo notorio la tardanza,
Buscaban capitan cuya prudencia
Diese satisfaccion á su deseo
Y al negocio que dél se confiaba;
Y como se halló Gaspar de Rodas
Presente cuando se tractaba desto,
Teniendo conocido que ninguno
Se podria hallar de mejor maña,
Por ellos al acuerdo fué llamado,
Y le mandaron que se dispusiese
Para hacer al rey este servicio:
El cual como persona circumspecta
Este cargo tomó de buena gana
Y aderezóse para la partida
Con ciento y diez soldados á su gusto.
Con los cuales entró por las provincias
De los briosos indios rebelados,
Y dentro de tres meses no cumplidos
Les hizo dar la paz y hizo llanos,
Poniéndolos en obediencia firme,
En la cual hasta agora permanecen,
Valiéndose de dos fuertes caudillos
De los soldados suyos, que se llaman
Juan Melendez y un Alonso Fernandez
Molano, de quien yo mencion he hecho
En muchas partes deste mi discurso,
Por ser ambos personas señaladas.
Dejando pues la tierra sosegada,
Pacíficos los indios y quietos,
A la real audiencia volvió Rodas
A dar llena razon de lo que hizo,
Y los señores della conociendo
Su valor y servicios señalados,
Le dieron en gobierno las provincias
Que fueron asignadas á Valdivia,
El cual su Majestad confirmó luego
Con otras enuncias y favores
Que suele la real magnificencia
Dar á criados de quien es servido,
Incluyendo tambien en su gobierno
Por causas y razones alegadas
A Santafé, rememorada villa,
Y así quedó distinta y apartada
De lo de Popayan, y en ella tiene
Su principal asiento nuestro Rodas.
El cual como se viese colocado
En generoso cargo y esperanzas
De mas altos honores, por promesa
De lo hacer el rey adelantado
Después que ya poblase tres ciudades
O villas de vecinos españoles,
Convocó gentes de unas y otras partes
Para prosecucion de su conquista,
Y ver la tierra de la cordillera
Que divide los dos rios ya dichos,
Que los gobernadores atrasados
Intentaron hollar y no pudieron;
Pero con menos gente y aparato
El buen Gaspar de Rodas se dispuso
A deshacer aquel encantamiento,
Cuyos sucesos quedan reservados
Para los referir en otro canto.

CANTO TERCERO.

Donde se cuenta cómo los indios repartidos á la ciudad de Cáceres,
viendo que Gaspar de Rodas habia salido de la tierra, se atrevieron á
matar algunos españoles, y no acudian á servirlos.

En mucho precio debe de tenerse
Aquel á quien natura dió talento
Para guiar negocios importantes,
Pues a la sombra dél los otros hombres
Subyectos á cumplir lo que dispone,
Tienen valor y ser, y cuando falta

Quedan, segun se ve por esperiencia,
De su reputacion menoscabados.
Manifestóse bien esta mudanza
Con el ausencia de Gaspar de Rodas
De la ciudad de Cáceres moderna,
Porque los bárbaros, reconociendo
Faltalles el caudillo cuya maña
A sus conceptos era duro freno,
Perdieron la vergüenza y el respecto,
Y así mataron de los españoles
En partes y en lugares descuidados
Un Alonso Gonzalez de Montijo,
Y otro Alonso Fernandez de Membrilla,
Y á Lorenzo de Rufas y otros hombres
Demas de mucha gente de servicio,
Con intencion de dar en los restantes,
Para lo cual determinadamente
Se convocaba ya toda la tierra,
Siendo caudillo desta rebeldia
Un Omagá, cacique belicoso,
A quien todos los otros respectaban.
Dieron aviso deste movimiento
Indias nacidas en aquel terreno,
Que servian á nuestros españoles,
Y ellos lo dieron á Gaspar de Rodas
Que recogia gentes y pertrechos
Dentro de Santafé con intenciones
De ver lo que tenia su gobierno;
El cual por acudir á dar remedio,
A gran prisa salió con treinta hombres
Y razonable copia de ganado,
Cuya venida fué regocijada,
Así por el socorro tan á punto
Como por el gobierno que traia.
Algun castigo hizo con templanza
En los que le constó ser mas culpados
En las muertes de aquellos españoles;
Mas Omagá, que estaba retraido
Dentro de las montañas con su gente,
No pudo ser habido per entonces.
De cuya causa fué Francisco Alferez,
Hombre mas papelista que guerrero,
Con cuarenta soldados á buscallo;
Y aunque tomó dos meses de demora,
Volvióse con las manos en el seno,
O por mejor decir en la cabeza.
Y el gobernador, viendo cuan inútil
Salió la diligencia y el trabajo,
Determinó que fuese por caudillo
Juan Arias Ruvian, gallego, y este
Volvió con veinte hombres solamente,
Pero de tal valor, que de cualquiera
Pudiera confiarse la jornada.
Salieron por principio de diciembre
El de setenta y nueve cuasi fuera,
Y fueron caminando hasta donde
Hace fin y remate tierra rasa
Y las montañas altas se comienzan,
Adonde reparó para dar orden
A la prosecucion de su viaje;
Mas el astuto barbaro tenia
De su venida relacion entera,
Y para descuidarlos les envia
Mucha gente cargada de regalos
Por continuacion de muchos dias,
En que iban y venian mensajeros
Cuotidianamente, prometiendo
De dar segura paz inviolable,
Trayendo los mensajes su sobrino,
Llamado Teguiri, gentil mancebo,
Bien conocido de la gente nuestra,
Y en opinion tenido de valiente.
Juan Arias Ruvian la paz acepta,
Y al sobrino le dijo que viniese,
Sin que recele pena ni castigo,
Pues si hicierse cierta su promesa
De dar segura paz, se le perdona
Cualquier delicto grave cometido;
Y que señale parte do se vean
Los unos y los otros, porque quiere
Oír aquello de su propia boca.
El Teguiri volvió con el mensaje

Al Omagá su tío, y otro día
De mañana volvió con la respuesta,
Diciendo: « Bien podeis entrar seguros,
Porque cerca de aquí tenemos hechos
Dos aposentos en zavana rasa
Donde seréis servidos, y mi tío
Allí verná con oro y otras cosas
Para el gobernador, pues es el amo
A quien ha de servir y ser subycto. »
Los españoles, aunque sospechosos
De lo que sucedió, por no mostrarse
Acobardados, fueron do decia,
Y subieron á cierta loma, donde
Había como cien pasos en cuadra
De raso, lo demás espeso monte,
Y en el raso dos casas pequenuelas,
Muchos indios é indias esperando
Con copia de comida que les dieron;
Alojaronse dentro destos ranchos,
Donde sin acudir aquel cacique
Estuvieron también algunos días,
Pero venían indios con sus armas,
Con tal denuedo que se conocia
Ser muestras de dañadas intenciones.
Y así los españoles procuraron
Coger un indio que se quedó solo,
Sin que de los demás fuese sentido.
Y en remoto lugar dentro del monte
Le dieron tracto hasta que ya dijo
Las determinaciones de los indios;
Siendo la lengua con que preguntaban
Una ladina moza dicha Ana,
Cristiana, del servicio de un soldado,
Declarando que dentro de tres días
Habían de venir muchos caciques
De los mas principales de la tierra,
A vellos, no con mas de diez ó doce
De sus subyectos cada cual cacique
De por sí solo con su compañía,
Pacíficos, quiéto y sin armas,
Y en diferentes horas por no dalles
Ocasión de sospechas, y debajo
De querelles servir, allí esperasen
Entre los españoles, hasta tanto
Quel señor Omagá viernes siguiente
Allí llegase con los que traía,
También sin armas, que eran veinticuatro,
Dejando setecientos emboscados
A la redonda de la zavana,
Con armas y pertrechos convenientes;
Y que cuando lo viesen llegar junto,
Aquellos indios que llegaron antes
Acometiesen á los españoles
Dos ó tres dellos contra cada uno,
Así por pechos como por espaldas,
Y entonces Omagá sobrevieria
Dando voces á los del emboscada,
Y así darian fin de los cristianos
Sin padecer los indios detrimento.
La trama descubierta y el astucia,
Los nuestros estuvieron vigilantes,
Las armas en la mano todas horas,
Cargados los sulfúreos instrumentos,
Fortaleciendo sayos estofados
Y los demás pertrechos que tenían;
Demás desto también se previnieron
De mucha cantidad de ligaduras
Que llamamos cabuyas comunmente,
Apercebidos todos y en espera
De ver algun principio de lo dicho,
Porque si viesen algo no dudaban
Ser cierto lo demás que se declara.
Llegóse pues el miércoles, y vino
Un cacique llamado Taquimiqui
Con diez indios sin armas, bien dispuestos
Y de robustos miembros y elegantes,
Pacíficos semblantes y apariencias
Encubridoras de su mal intento,
Mas á los españoles ya patente;
Y así no se tardaron, pues al punto
Que entraron en la casa los prendieron,
Y ataron pies y manos con cordeies,

Y de los que vinieron á la tarde
Hicieron otro tanto, de manera,
Que miércoles y jueves amarraron
Cincuenta sin sabello los caciques
Ni los participantes del engaño.
Llegóse pues el día del conflicto,
Viernes, postrero día de diciembre,
Cuando el año de ochenta comenzaba,
Día de confusion y desconsuelo
Para los pocos, que hacían cuenta
Que si del alto cielo no venia
Remedio, no podían escaparse
Del durísimo trance que esperaban;
Y así Juan Arias Ruyán, que via
Ponelle culpa por haber entrado
Contra la voluntad de los mas dellos,
En su disculpa dijo lo siguiente:
« Señores, de mi loca confianza
No sin razon formais justa querella;
Pero los que nos vemos en la danza
Hemos por fuerza de danzar en ella,
Y con pié firme sin hacer mudanza
Habemos de bebellá ó de vertella:
Ningun remedio tiene ya lo hecho,
Sino poner á bien ó mal el pecho.
» Acercándose van las confusiones
Y la disparidad de la pelea;
Cursados sois en tales aficciones,
Donde ninguno hizo cosa fea;
Vuelen al cielo nuestras oraciones
Para que de remedio nos provea:
Que si frais en Dios como cristianos
La victoria tenemos en las manos.
» Creed que venceremos en batalla
A la multitud destos fementidos,
Y dad gracias á Dios, que no nos halla
Descuidados ni desaperecidos;
No es la primera vez que de canalla
De mayor fuerza sois acometidos;
Y pues siempre hecimos como buenos,
No tenemos agora de ser menos.
» En tanto pues que llegan las rencillas
Destas mas que proterva pestilencia,
Demandemos prostrados de rodillas
Al inexhausto golfo de clemencia
Tenga por bien usar sus maravillas
Dando favor á quien lo reverencia,
Pues nuestra mano poca fuerza tiene
Si de la santa suya no nos viene. »
Esto con gran fervor hicieron todos,
Y en oraciones santas ocupados,
El Omagá llegó con veinte y cuatro
Robustísimos indios desarmados,
Y disimulacion tan bien compuesta,
Que si no se tuviera certidumbre
Del propósito malo que traía,
Ninguno presumiera ser fingida;
Pero como no vió quien respondiese
Al acometimiento concertado,
Quisiera con aquellos que presentes
Con él allí venían al efecto
Usar de aquel ardid que los primeros
Habían de tener, pues no los via;
Mas apenas miró los compañeros
Haciéndoles del ojo diestramente,
Cuando con todos ellos en el suelo
Cayó hecho pedazos, dando voces,
A las cuales salió la gran caterva,
Que mal podia ya dalle remedio,
Pues él y los demás en un instante
Caminaron la vuelta del infierno.
Y en ese mismo punto ven delante
Los españoles la tumultuosa
Hueste de los salvajes, la cual era
En número mayor que se pensaba,
Con orden singular los escuadrones,
Ordenados á nueve por hilera
Con sus sobresalientes señalados,
Gallardos y feroces todos ellos,
Llenas las sagitíferas aljabas
De tiros venenosos y mortales,
Picas tostadas y macanas duras,

Y estalladoras hondas á las vueltas.
Era su general que los regia
El Tegueri, del Omagá sobrino,
Y el capitán Maubita, yerno suyo,
Y un Ochari mañoso y esforzado:
Vuelan luego los jaculos y piedras
Como turbion espeso de los granos
Congelados de los vapores gruesos
En la media region en el verano;
Acuden con mortíferas respuestas
Nuestros esclarecidos españoles,
Que cuasi pié con pié derraman sangre
Ojeándolos con los arcabuces,
Con los cuales por los tener tan cerca
No pocas veces les acontecia
Matar á dos y tres de cada tiro
Desde la casa del alojamiento
Que tenían los nuestros por amparo,
Saliendo siempre con arremetidas
Juan Arias Ruyán y Juan Mateos,
Y Mateo de Acosta, lusitano,
Pablo Sarmiento y otros que tenían
Espadas y rodelas en las manos:
A cuyos hechos encarecimiento
Cualquiera que se de no será largo,
Pues por aquella frente no podían
Hollar sino por cima de hombres muertos.
Mas esto no bastó para que dejen
Los bárbaros inmites su porfia,
Antes el Tegueri, como rabiando
Por muerte de su tío, no reposa,
Diciéndoles: « Amigos y parientes,
Haced como valientes, y el constante
No se mude ni espante porque vea
Caer en la pelea tanta gente;
Que al fin solos son veinte los cristianos,
É ya se ven cercanos al remate;
Y aunque mas se dilate su caída,
Han de perder la vida, que mortales
Son, y tiros letales ya rendidos
Los tienen, que heridos están todos;
No menean los codos como antes:
A ellos, mis gigantes, dadles priesa,
Cumpla con su promesa vuestra lanza,
Y tomemos venganza de las muertes
De tantos hombres fuertes deudos nuestros. »
Con semejantes dichos y razones
Andaba donde via mas tibieza,
A los unos y otros animando
Con tal solicitud y diligencia,
Que á nuestros españoles admiraba;
Los cuales viendo que les va la vida
En quitalle la suya brevemente,
Juan de Alvarado Salazar apunta
Con el cañon fogoso; y acertóle
Por medio de la frente, de tal suerte,
Quel alma de las carnes despedida
Fué caminando tras la de su tío.
Mas no por eso los demás cesaban
De su ferocidad, porque Maubita,
El yerno de Omagá, con increíble
Solicitud anima la caterva:
Al cual tiró Domingo de Herrera,
Y con la parda bala hizo puerta
Por donde desaguó vital substancia.
El Ochari no menos se mostraba
Terrible y orgulloso, bravo, fiero,
Tanto que parecia que ninguno
Faltaba de los otros principales;
Al cual por ser persona señalada
Los nuestros deseaban derriballo,
Y un Diego de Avila puso la mira
Algo mas alta de lo que quisiera,
Mas todavia le rompió la cara,
Y como se sintiese mal herido,
Salíóse del conflicto, que procede
Con tal obstinacion como si nadie
Faltara, con haber tres horas largas
Que duraba la dura competencia.
Y así los indios, por le dar remate,
Viendo que las dos casas impedían
El gozo del triunfo que esperaban,

Por ser escudo de los españoles,
Determinaron de ponelles fuego,
Sin tener atencion á los cincuenta
Que dentro se tenían amarrados,
Donde se convirtieron en carbonos,
Pues como fuese fabrica de paja
En espacio brevísimo la vieron
De las voraces llamas consumida;
Saliéndose los nuestros hechos rueda,
Los unos á los otros reguardando,
Pero con tales bríos y coraje
Que como si los golpes comenzaran
En aquel punto, se desenvolvieron
Tras ellos, aunque ya los arcabuces
Por estar muy calientes no hacían
Tales efectos como deseaban,
Faltándoles también las municiones;
Pero con las espadas tanta priesa
Les dieron, que salieron de lo raso
Y se metieron por el arboleada.
Adonde no faltaban indios muertos
De los que mal heridos se salieron
A los principios desta gran refriega;
Porque en la zavana solamente
Fueron cincuenta y dos los que quedaron
O muertos ó cercanos á la muerte,
Demás de los que consumieron llamas:
En efecto, segun después se supo,
Fué de mas de trescientos la yactura
Que padeció la bárbara compañía,
Quedando de los nuestros diez y siete
Cada uno con cinco y seis flechazos.
Los cuales puesta buena centinela
Con grande diligencia se curaron,
Abrasando con fuego las heridas
Y cortando las carnes lastimadas;
Mas no se pasó mucho sin que diese
Arma la centinela que pusieron,
Porque Ochari que dije ser herido
En la cara con un ardiente globo
Que no bien encarnó por ir avieso,
Viendo que caminaban á sus casas
Y no se proseguia la contienda,
Con voz apresurada les decia:
« ¿Dó va la compañía que no siente
La pérdida presente de señores
Muertos en los rigores desta guerra
Por libertar su tierra de tiranos
Y sacar de las manos de estranjeros
A vuestros herederos y parientes?
O flojos, negligentes, vulgo loco,
¿Cómo teneis en poco la venganza
Del estrago y matanza de los nuestros,
Animosos y diestros en sus hechos?
Volved, volved, pertrechos á la mano,
Y no quede cristiano que no muera;
Pues quedan de manera todos ellos
Que podremos vencellos fácilmente. »
Bastaron las razones referidas
Para volver, aunque de mala gana,
Y no con aquel brio que primero,
A causa de sentirse fatigados
Y de tiros vacías las aljabas;
Y así como hallasen (por el arma
Que dió la centinela) preparados
A nuestros españoles, no proceden
Ni pasan adelante de la ceja
Del monte que rodea la zavana;
Desde donde, quiéto y callados
Los otros, cierto viejo les decia:
« Valientes españoles, no creyera
Que tan durable fuera la pendencia
Ni vuestra resistencia, si mi daño
No fuera desengaño conocido
Del yerro que he tenido tiempo luengo,
Mas ya para mí tengo ciertamente
Que mas heroica gente no ha nacido,
Pues habeis adquirido tanta gloria;
Pero de la victoria no esteis ciertos:
Estaldo de ser muertos y perdidos
Que todos vais heridos del molesto
Veneno, y demás desto vuestra gente

Es negocio patente ser ya muerta
En otra tal reyerta sucedida
Después de la partida que hecistes.
Así que si tuvistes hoy ventura,
Será de poca dura la ganancia,
Porque el pueblo y estancia de cristianos
Los indios mas cercanos han quemado,
Vencido y acabado moradores:
Acá sois vencedores y temidos,
Y allá seréis vencidos y captivos
Los que llegardes vivos, en llegando;
Y pues de nuestro bando sois azote,
Mirad por el virote, y esto baste.
Aquesto dicho, nunca mas los vieron,
Y á los nuestros, demás de sus trabajos,
En angustia terrible los pusieron
Y en grande confusion aquellas nuevas,
Por las cuales aquel significaba
Ser la ciudad de Cáceres quemada
Y los vecinos della consumidos;
Y en hecho de verdad acometieron
Los indios que decia, pero nunca
Tocaron en el pueblo, sino fuera
Tuvieron cierto leve repique,
Donde mataron indios yanacunas
Y un español ó dos en las estancias.

Al fin estos soldados afligidos
Aquella triste noche se quedaron
En el mismo lugar de la batalla,
Entre los cuerpos muertos alojados,
Al frio y al sereno, sin refugio
De ropa ni comida ni consuelo,
Do no faltaron íntimos gemidos,
Ansi de parte suya como de los
Indios en quien duraban los vitales
Espiritus cercanos á la muerte.
Pero pasada ya la media noche,
Dejaron el lugar, y caminaron
Por bosques solitarios sin camino,
Por hurtarse del otro, do pensaban
Estar algunos indios emboscados;
Y así por ser rodeos espaciosos,
Como por ir heridos gravemente,
Tardaron cinco dias en jornada
Que pudieron andar en medio dia
Si recta via fueran caminando:
Llegaron pues al puesto que tuvieron
Antes de se meter en la montaña,
Donde se proveyeron de comida
De aquella que dejaron rezagada;
Pero luego pasaron adelante,
A causa de no ser lugar seguro,
Y con deseo de subir á parte
Do se desengañasen con la vista
De la mala sospecha que llevaban.
Y en estos intermedios fallecieron
Lucas Sanchez y Mateo de Acosta,
Entrambos valentísimos soldados,
Cuyas heridas eran penetrantes
Y no curadas con aquel reposo,
Abrigo y vigilancia que requiere
Aquella venenosa pestilencia.

Finalmente, subieron á la loma
Que cae sobre el gran rio de Cauca,
El cual para llegar al pueblo nuevo
Habian de pasar forzosamente,
Obstáculo de gran inconveniente,
Ansi por no tener aviamiento
Para pasar los miseros heridos,
Como porque los bárbaros no suelen
Perder las semejantes ocasiones.
Mas en aqueste tiempo ya tenían
Los vecinos de Cáceres noticia
Por indios del suceso trabajoso,
Pero con adición de que ningunos
Habian escapado con la vida;
Y así para tener razon entera
Salió luego del pueblo Juan Melendez
Con treinta compañeros bien armados,
Los cuales á la misma coyuntura
Que vieron los heridos el gran rio
Ven al Melendez con su compañía,

Que ya hollaban la contraria banda,
Y con el regocijo de la vista
Los unos á los otros hacen salva,
Dando gracias á Dios por el socorro
Llegado tan á punto, que juzgaban
Ser milagrosamente proveido.
En efecto, hicieron buenas balsas
Aquellos que llegaron descansados,
En que pasaron todos libremente,
Y llegados al pueblo, fué la cura
Con tal solicitud y diligencia,
Que después de los dos conmemorados
Ninguno pereció de los heridos,
Cuyas hazañas fueron tan nombradas
Entre todos los indios de la tierra,
Que muy poco después los trajo Rodas
A que reconociesen vasallaje.
El cual, segun he dicho, preparaba
Gentes y municiones con intento
De ver y descubrir lo nunca visto
En la distancia dentre los dos rios:
Que para concluir con mi promesa
En el elogio de Gaspar de Rodas
Hasta la era del de ochenta y nueve,
Es esto solamente lo que resta;
Mas porque se concluya mas á gusto
Será con canto nuevo celebrado.

CANTO CUARTO.

Donde se cuenta cómo Gaspar de Rodas salió de la villa de Santafé de Antioquia con setenta hombres de pie y de caballo, y fué descubriendo por el rio de Porce abajo, hasta que halló terreno donde pobló la ciudad de Zaragoza.

No se pueden decir enteramente
Las congojas, fatigas y trabajos,
Riesgos, penalidades, desventuras
Que los descubridores destas tierras
Y pacificadores padecieron
En las conquistas rigurosas dellas;
Y así por ser prolijo labirinto,
Tocamos solamente los provechos
Que de su gran valor han resultado
A los que comen hoy de sus sudores,
Y con manos lavadas y piés limpios
Hallan la cama hecha y mesa puesta,
Y las incomparables asperezas,
A los humanos piés inaccesibles,
Apacibles é ya bien frecuentadas
De varios contractantes que por ellas
Vienen y van de partes diferentes,
Cebados en la próspera ganancia
Con que sus mercancias los convidan.
Y no tan solamente por la tierra
Dieron vias por donde se contractan
Unos pueblos con otros, con jumentos
De especies varias; pero por los rios
Se comunican con aquellos puertos
Que gozan de marítimas riberas.
Y aunque parezca ser en lo presente
No de tanto momento como Flandes,
Venecia y otros pueblos prepotentes
Que tienen antiquísimos cimientos,
Aquellos también consta que tuvieron
Principios no tan altos que no fuesen
De lo que son agora diferentes:
Corrieron sus edades hasta tanto
Que por tiempo se fueron estendiendo
A la virilidad y á la potencia
En que las vemos hoy establecidos.
Lo mismo puede ser en estas partes
De Indias, segun vemos el aumento
Numeroso de gente que se cria,
Ansi mestiza como castellana,
Y la fertilidad de los terrenos
Dispuestos á perpetua permanencia
Y á la procreacion de tantas cosas
Cuántas son en el mundo necesarias
A la conservacion de los mortales,

Pues de las que carecen estos dias
Es mas por negligencia de cultores
Que falta de propicias influencias;
Mas la necesidad, hábil maestra,
Les ha de compeler á que corrijan
Sus ociosas costumbres con trabajo,
Y aun á dejar sus propios naturales,
Buscando nuevas tierras y regiones
Do puedan sustentarse y estenderse
Después que ya no quepan en las suyas,
Pues hay por descubrir varias provincias,
Inmensidad de campos y naciones,
Algunas de las cuales estuvieran
Debajo del dominio y obediencia
De la real corona de Castilla,
Si por los que gobiernan se tuviera
Mas esforzado celo del aumento
Del aprisco cristiano, mayormente
Habiendo tanta gente holgazana
Que podría fundar nuevos albergues,
Aun en lo descuberto, pues hay tierras
Baldias, provechosas y dispuestas
Para se socorrer del fruto dellas,
Valles amenos, fértiles riberas,
Cuya dispusición está pidiendo
Del corvo labrador ser desenvuelta
Y de todos ganados ser hollada,
Mas no miran en esto los que llevan
Por sueño y ocio generosa paga.
Destos no quiso ser Gaspar de Rodas,
Pues por aquella suerte que le cupo
Huyó de dar á sus cansados miembros
Aquel regalo que se les debía,
Por unas y otras partes descubriendo
Dónde fundar cristianas poblaciones
En aumento de la real corona,
No sin propagacion de la fe sancta.
Con el cual pensamiento se dispuso
Año de ochenta con los quince cientos,
Con obra de setenta compañeros,
Caballos y pertrechos necesarios,
Caminando la via del oriente
Hasta ver las zavalas de aquel rio
De Aburra, do tiene nacimiento
El mismo que después le llaman Porce,
El curso de sus aguas prosiguiendo,
Acia septentrion encaminadas,
Por tierras despobladas, muchos dias,
De bosques tenebrosos y montañas,
Donde se padecieron insufribles
Trabajos por la falta de alimentos,
Demás de atascaderos y pantanos
De gran dificultad en su viaje,
Que no menor seria referillas,
Espresando particularidades
Acontecidas hasta que llegaron
A tierra cuyos montes daban muestra
De suelo mas enjuto y apacible,
Mas claras y amigables arboledas,
Y otros indicios que manifestaban
Haber mediana copia de cultores.
Pero segun las guias declaraban,
A la contraria parte de aquel rio
Habia poblacion de mas substancia,
Lo cual se conocia claramente
Por ver trilladas sendas y caminos,
Humos á todas partes y labranzas;
Y así para pasar el campo todo
Buscaron un lugar acomodado,
Do se hiciese puente de bejucos,
Remedio que se tiene comunmente
Con que pasan la ropa y el servicio:
Que los soldados por la mayor parte
Cortando van las aguas con el pecho,
A mano la rodela y el espada.
Al tiempo pues que para tal efecto
Andaba negociada nuestra gente,
Gran número se vió de la contraria
Opuesta para defender el paso
Con multitud de flechas y de dardos
Y los demás pertrechos usuales:
Ondea bizzarria de penacho

Pectos y diademas de buen oro,
Con otras joyas que manifestaban
La soberbia riqueza de las minas
De que gozan aquellos naturales;
Y con estar el rio de por medio,
No dejan de volar algunas nubes
De tiros venenosos que despiden
Los encorvados y flexibles arcos;
Y acá responden con los arcabuces,
Esféricas pelotas escupiendo,
Con poco daño de las partes ambas,
Por ser algo prolija la distancia.
Pero Francisco de Taborda, mozo
Mestizo, buen soldado y animoso
Y singular en buena puntería,
En el indio que mas se señalaba
En galas, majestad, valor y brio,
Mostrándose señor, puso la mira,
Y el invisible globo fué volando
Hasta dar en el pecho, cuyo golpe
También por las espaldas abrió puerta
Por do se despidió vital aliento:
Acudieron los bárbaros cercanos
Para lo levantar, mas fué baldía
Su gran solicitud y diligencia,
No sin admiraciones y alborotos
De ver aquella muerte repentina,
Porque del dañador tan solamente
El sanguinoso rastro parecia;
Al fin unos llevaron el cadáver
Y otros quedaron para la defensa
Del paso, que con suma vigilancia
Y no menos furor les defendian.
Pero Gaspar de Rodas, como diestro,
Vista la pertinace resistencia,
Dejando gente que hiciese rostro
En aquella frontera, do los indios
Pretendian quitalles el pasaje,
Con treinta y seis bajo tácitamente,
Ocultos todos con el arboleda
Que por el rio va continuada,
Hasta llegar á parte sin estorbo,
Por donde les mandó pasar á nado
Con el cuidado que se requeria;
Y como rebusasen la carrera,
Del peligroso trance murmurando,
El mismo comenzó de descalzarse
Y á priesa despojarse del vestido;
Mas todos los soldados, como vieses
Su determinacion, no le consienten
Poner en tanto riesgo su persona,
Y ellos, pospuestos los temores flacos,
Desnudos, con espadas y rodelas,
Impetuosas aguas van cortando,
Yendo delante con insigne brio
El mestizo Francisco de Taborda
Y Alonso de Taborda, dos hermanos:
Al fin tomaron todos la ribera
Contraria donde van encaminados,
Y después de cobrar algun aliento,
Prostradas en el suelo las rodillas,
Hicieron oracion como cristianos,
Y luego con el paso reportado,
Proceden adelante con recato,
Sirviéndoles el monte de cubierta,
Hasta que ya llegaron al paraje
Del bárbaro furor embebecido,
En los opuestos en contraria banda
Desembrizando los mortales tiros,
Y del cercano salto descuidados
A los lejanos mal amenazaban;
Mas luego como perros que latiendo
Saltan lijeramente tras la caza,
Salieron los heroicos españoles
Diciendo: « ¡Santiago! Santiago! »
Ocupa turbacion salvajes pechos;
Corre la confusion desordenando
La bárbara caterva, que no para
Por diferentes partes derramada,
Bien como las ovejas salteadas
De las rapaces fieras y voraces,
Que las que se libraron de sus uñas

Van donde su temor las encamina ;
Y así dejaron desembarazado
Aquel compás y toda la ribera ,
De manera que sin impedimento
Pasaron los demás y el campo todo ,
Hicieron allí noche y otro día
Colaron adelante descubriendo
Aquellas poblaciones circunstantes.
Do no faltaron acometimientos
Y algunas resistencias porfiadas ,
En las cuales cotidianamente ,
Llevaban lo peor los naturales ,
De tal manera que por bien tuvieron
Acudillos de paz algunos dellos ;
Y tanteada ya toda la tierra
Y a poco mas ó menos los vecinos
Que podría tener , buscaron sitio
Para fundar morada permanente ,
Y diez ó doce leguas adelante
Del paso que los indios defendían
Hallaron un asiento proveído
De las comodidades necesarias ,
Donde con las solemnes ceremonias
Usadas en negocios semejantes ,
En nombre del invicto rey Filipo
Fundaron la ciudad , á quien se puso
Nombre de Zaragoza , cuya tierra
Abunda de riquísimos veneros ,
Y es el día de hoy por su riqueza
De varios negociantes frecuentada
Ansí por tierra como por los rios
Que van á desaguar al mar del Norte ,
Por estar Zaragoza situada
Acia las juntas de los rios Porce
Y Nichi , cuyas aguas dan aumento
Al gran rio de Cauca que se mezcla
Después con otro de la Magdalena ,
Los unos y los otros navegables ,
Aunque por las zozobras de corrientes
Los vasos do navegan son canoas
Que pegadas á tierra van bogando .
Fué pues el fundamento deste pueblo
Año de ochenta y uno , demediado
El mes que los hebreos idar llaman ;
Y hecha descripción y apuntamiento ,
Fuieron cuarenta solos los vecinos
Encomendados de repartimientos ,
Segun la cantidad de naturales
Que por aquellos montes habitaban .
E ya puestas las cosas en el orden
Que parecia ser mas conveniente
A la defensa desta nueva planta ,
Electos los alcaldes y oficiales ,
Nombró Gaspar de Rodas por teniente
A Fernán Sanchez , hombre de gobierno ,
Y él se partió con los demás soldados
Al sitio donde fué San Juan de Rodas ,
En la parte que llaman Iliungo ,
Que despobló Valdivia , segun dije
Atrás en el discurso de su vida ;
Donde pacificó los naturales ,
Erigiendo ciudad en el asiento
Antiguo con el nombre que tenia ,
A la cual dió vecinos veinte y ocho
Que son encomendados , y hoy se valen
Entre tan indomable barbarismo
Mediante las industrias y consejos
Deste gobernador , cuya prudencia
Al bárbaro feroz ha puesto freno .
Dejando pues allí por su teniente
A Juan de Rodas , un pariente suyo ,
A su casa volvió con intenciones
De convocar soldados con que pueda
Escudriñar secretos de la tierra ,
Que por estar cerrada de montañas
No sin dificultad pueden saberse ;
Y presumen habellos importantes ,
Porque claro se ve ser una pasta
De ricos minerales donde quiera
Que rios y quebradas se cateen ;
Mas agora de nuevo no sabemos
Otra cosa que sea de momento .

Y así deste gobierno me despido ,
Porque futuros acontecimientos
Dirálos á su tiempo quien los vido ,
Cumpliendo cada cual con sus intentos ;
Pues agora mi principal ha sido
Tractar de los primeros fundamentos
Desde el principio hasta nuestra era ,
De quien si mas supiera mas dijera .

RELACION BREVE

*de las tierras de la gobernacion del Chocó , y cosas en ella
acontecidas desde el tiempo que entró en ella el capi-
tán Gomez Fernandez , hasta que le fué dado el gobierno
y conquista á Melchior Velazquez , vecino de la ciudad
de Buga .*

CANTO PRIMERO.

Otra gobernacion agora resta ,
Que es el Chocó , de quien algunas veces
Hemos tractado como de pasada ,
Cuyos confines sé que simbolizan
Con los de Santafé que van corriendo
Acia la mar del Norte por montañas ;
Y este gobierno tiene de presente
Un Melchior Velazquez , no tan lleno
De prósperos sucesos de fortuna
Cuanto de virtuosas propiedades
Y partes que son dignas de alabanza ,
Soldado viejo de los mas antiguos
De Popayan , y bien ejercitado
En todos los trabajos de conquistas .
Cuyo discurso no será prolijo ,
Por ser gobernacion algo moderna ,
Y haber faltado por la tierra della
Buena comodidad para poblalla ,
A causa de ser toda montuosa ,
Húmeda , pluviosa , desgraciada ,
De pocos naturales , aunque ricos ,
Porque la tierra toda va sembrada
De venas caudalosas de buen oro ,
Vistas y cateadas por los nuestros
En diferentes rios y quebradas .
Y así corria la noticia della ,
Con otra mas antigua del Dabaibe ,
Que por aquel paraje se publica
Estar , y aunque de muchos inquirida ,
Ningunos le pudieron dar alcance ;
Adonde segun fama las riquezas
De los enterramientos sobrepujan
A las que del Cenú se descubrieron ,
Segun en su lugar quedó notado ,
De cuya causa principales hombres
Apetecian el descubrimiento ,
Entre los cuales fué Gomez Fernandez ,
Primero fundador de Caramanta ,
Del cual hice mencion en otras partes
Por ser hombre de gran merecimiento ,
Valiente , liberal , industrioso
Y en posible no mal afortunado .
Este , con el deseo que tenia
De rastrear aquella gran noticia
Y ver el fin de aquel encantamento ,
Demandó la conquista desta tierra
A los señores del real senado
Que en este nuevo reino de Granada
En aquella sazón eran jueces :
Los cuales se la dieron facilmente ,
Atentos al valor de su persona
Y á la mucha substancia que tenia
Para hacer soldados y pertrechos
A su descubrimiento necesarios ;
Pero diósele con aditamento
De que primero y ante todas cosas
Allanase los indios rebeldes ,
Importunos entonces y molestos
A Santafé , la villa de Antioquia ,
Desde aquel tiempo que Toné cacique
Los hizo levantar , segun se dijo
En el lugar y parte que convino ,
Y con que diese nuevos fundamentos

A la vieja Antioquia despoblada .
Aceptó la merced y hizo gente
De caballo y de pié , y en el avío
Gastó crecida suma de dineros :
Finalmente salió de Caramanta
Con ochenta soldados escogidos ,
De los cuales es uno Bernardino
Mojica de Guevara , varon noble ,
En este pueblo donde yo resido
Vecino principal y contioso ;
Y en cumplimiento del real mandado
Fué por el año de cincuenta y siete
Con aquestos soldados en demanda
Del cacique Toné , bárbaro duro ,
Gallardo mozo , suelto , bien dispuesto ,
De fuerzas monstruosas y atrevido ,
En quien nunca jamás hubo descuido
Para se defender de sus contrarios
En ciertas barbacoas , cuyos troncos
Gruesos , bien afijados en la tierra ,
Subian en altura cuatro brazas ,
Espesas las hileras , y por orden
Que , travesadas vigas por lo alto
Y dada perficion al soberado ,
Pudieron fabricar seguramente
Casas pajizas para sus albergues ;
Y lo mas alto de la barbacoa
Ceñido con maderos ajustados
Que volaban segun el colgadizo
Que llaman los latines meniano ,
Tan alto que servia de muralla
Y amparo contra tiros estrangeros ,
Por él hechas troneras provechosas ,
Para poder valerse de los suyos ;
De que tenian cantidad inmensa ,
Lanzas muy largas , piedras ponderosas ,
Flechas y dardos , gruesos estacones
Que piramidalmente van labrados
Hasta se rematar en subtil punta
Tostada , tan aguda que desmalla
Las mas fortificadas armaduras ;
Empinadas á trechos grandes vigas
Suelas y sin ninguna ligadura ,
Pero de tal manera que juzgaran
Ser á la fabrica correspondientes ,
Y para substentar su pesadumbre ,
Siendo cualquiera mano poderosa
Para precipitalas facilmente
Sobre los que llegasen descuidados .
Tenian abundancia de alimentos
Arriba recogidos , y en canoas
O maderos cavados agua mucha ,
Demás de las vasijas de sus vinos ;
Y para no perder la que del cielo
El pluvioso nimbo destilaba ,
Tenian en las alas de las casas
Hechas de gruesas guadúbas canales ,
Cuyas corrientes iban dirigidas
A los vasos que estaban contrapuestos .
Ansimismo sembraron los caminos
De hoyos do cayesen los caballos ,
Y en ellos estacones afijados ,
Puyas por consiguiente peligrosas
Por unas y otras partes derramadas :
Todo con tal industria disfrazado ,
Que la del español fué necesaria
Para poder librarse del engaño ,
Porque Gomez Fernandez como diestro
A todo dió reguardo descubriendo
Cualquiera trompezon disimulado .
Y así sin sucedelles desavío ,
Llegaron al primero soberado
Donde Toné tenia su morada ,
Sus hijos y mujeres y familia ,
Y entrellos cien gandules de pelea
Para defensa desta fortaleza ;
Porque los escuadrones que hallaron
Opuestos al camino que llevaban ,
Que pelearon pertinacemente ,
Habian sido ya desbaratados .
Salidos pues del monte mas cercano ,
Vieron la fabricada fortaleza

Encima de una loma que tenia
De longitud hasta doscientos pasos ,
Pero de latitud la mitad menos :
La cual por todas partes ocupaba
El fuerte y edificio de madera ,
Y por cualquiera parte la subida
Para llegar á él era ladera
Aspera de subir y trabajosa .
Puestos á punto pues los españoles ,
Por una y otra parte rodearon
La dicha fortaleza , defendiendo
Que no pudiesen indios acudillos
De los que estaban fuera con socorro ,
Y requiriéndolos por muchas veces
A los que estaban dentro que se diesen ,
Porque si se mostraban pertinaces
Los pasarian todos á cuchillo ,
Y saliendo de paz no les darian
Sinsabores , agravios ni molestias :
Los indios respondian con las armas
Y con mayores fieros y amenazas ,
Toné principalmente , que decia :
« Llegaos un poco mas acá , cristianos ,
Por el tributo que se os adereza :
Dejaremos las armas de las manos
Para ponéros las en la cabeza ;
Y aun de vosotros á los mas lozanos
Tengo de desmembrar pieza por pieza ,
Porque si padecéis muerte prolija
La paz que me pedis quedará fija . »
Oídas por los nuestros las razones
Con otras desvergüenzas insufribles ,
Comenzóse de veras el combate
Por una y otra parte , disparando
El arcabuceria violenta
Al pretil y troneras dirigida ,
Por no dalles lugar á los contrarios
Para que de sus armas se aprovechen ;
Y entre tanto los otros españoles
Se llegaban con mantas de madera
Cubiertos al enbiesto baluarte ,
Que no podia ser sin mucho riesgo
A causa de las nubes que caian
De dardos , flechas , lanzas y de piedras
Y algunos estacones de los cuales
Uno cayó sobre Diego de Ardila ,
Que ponía rodela por delante
A un soldado de los mosqueteros ,
De tal manera , que rompió la punta ,
La rodela , cojin y fuertes armas ,
Y el brazo del Ardila juntamente
Por una y otra parte traspasado ;
También á Bernardino de Mojica ,
Rodelero de aquel García de Arce
A quien despues mató Lope de Aguirre
En el rebelion ya referido
En la primera parte de mis cantos ,
Cuya piedra le dió por el costado
Encima de las armas , que lo hizo
Rodar por la ladera trompicando ,
Mas luego revolvió con mas coraje
Al puesto do quedó su compañero ,
Y estando los dos juntos vió García
Una gran viga que se despegaba
Del baluarte , y en aquel instante
Al Mojica diciendo : « ¡ guarda , guarda ! »
Le dió tal empellón que lo retrajo
Hartos pasos atrás , y él ansimismo
Se desvió con un veloce salto ,
Y fué tan necesaria la presteza
Que si tardaran un solo momento
Allí quedarán hechos mil pedazos .
En esto consumieron aquel día
Sin se hacer efecto provechoso ,
Y el tiempo que duraron las tinieblas
Nocturnas , fué comun la vigilancia
Rondándose la cerca con silencio ,
Porque se recelaban de huida ,
A causa de tener el monte cerca ;
Y porque les faltasen las señales
Y objetos á los tiros de las flechas
Que con obscuridad iban volando